

Egron Lundgren: Un viajero “desconocido”

Egron Lundgren: An “unknown” traveller

Sebastián Lijarcio Medina

Licenciado en Historia del Arte.

Universidad de Jaén

E-mail: seba_lijarcio@hotmail.com

Recibido: 15-10-2017

Aceptado: 10-11-2017

Resumen:

Debido al aislamiento y retraso secular de España respecto al resto de Europa, nuestro país se va a convertir en un destino exótico que despertará la curiosidad de una gran cantidad de ilustrados durante el Romanticismo que, en su búsqueda por el orientalismo heredado de nuestro pasado musulmán, recorrerán la Península de norte a sur en busca de nuestro preciado legado islámico. Egron Lundgren será uno de esos viajeros que con un cuaderno en mano y un pincel plasmará una documentación gráfica de primera categoría: sus anotaciones y sus dibujos que nos servirán como viva memoria de un pasado, que de no ser por él, quizás nunca hubiéramos conocido.

Palabras clave:

Egron Lundgren, Bailén, viajero romántico, acuarela, reloj.

Abstract:

Due to the secular isolation and underdevelopment in Spain with respect to the rest of Europe, our country became an exotic destination which will raise the curiosity of many enlightened people during the Romanticism, who, looking for the inherited exoticism from the islamic period, will go all over the Peninsula in seeking of the islamic legacy. Egron Lundgren will be one of those voyagers who, with a simple notebook in his hands and a paintbrush, will express an excellent graphic documen-

tation: his notes and his drawings will become the perfect revelation of a past which we may have never known if he hadn't made this work.

KEY WORDS:

Egron Lundgren, Bailén, romantic traveler, watercolor, watch.

1. Introducción y contexto

La literatura de viajes fue un género muy popular en los siglos XVIII y XIX, principalmente para un público inglés y francés que, ya en época ilustrada, contaba con grandes avances respecto a España en industria, economía, política y especialmente en pensamiento. Es en este contexto donde encontramos el *Grand Tour*: unas rutas por Europa que realizaban los jóvenes aristócratas, bien como complemento adicional de su refinada educación, o como una primitiva forma de realizar lo que hoy denominamos “turismo”, en un siglo donde el único método disponible para conocer el mundo es a través del arte y de la literatura.

Como no podía ser de otro modo, España quedaba lejos de estos avances y fuera de estas famosas rutas europeas, por lo que no solía ser frecuentada por extranjeros. No obstante, algunos de estos viajeros foráneos en sus ansias por desplazarse y con una gran curiosidad por lo nuevo, misterioso, desconocido, y por qué no, un cierto morbo por lo peligroso, no dudaron en realizar sus viajes por España en busca de lo que ellos interpretaban y denominaban como “exótico y más digno de figurar al otro lado del Mediterráneo”. Como buenos conocedores de la cultura y la historia, sabían del pasado árabe que durante más de 700 años invadió la Península Ibérica. De este modo, Granada, Córdoba y Sevilla

se convirtieron en los destinos preferidos de la época a modo de santuarios de peregrinación, gozando de una gran popularidad en la literatura de viajes, hasta tal punto que se llegó a hablar del “mito árabe”, bajo el estereotipo de este pasado musulmán. No es de extrañar que los viajeros ilustrados de este tiempo fijaran su objetivo en nuestro “oriental y exótico” territorio, ya que, Napoleón junto a decenas de científicos y artistas ilustrados, comenzó en 1798 una de las expediciones científicas más importantes de la historia, viajando a Egipto con el fin de recoger toda la información de los tesoros de aquél país, estableciendo así una moda y un interés por lo islámico y por lo “exótico”.

Por otra parte, hemos de decir, que estos viajeros ingleses, franceses y de otros países del centro de Europa, además de saciar su deseo romántico descubriendo nuestra extravagante geografía, también escribieron muy desfavorablemente sobre una España, donde el gran poder de la Iglesia sobre una sociedad eminentemente pobre, analfabeta e inculta tenía gran influencia, algo que distaba en mucho de la realidad ilustrada de sus países de origen. Además se va a escribir abundantemente sobre la injusticia social, la insalubridad en las habitaciones de las posadas, la mala calidad de los caminos -los cuales eran comparados con las antiguas vías romanas-, el paisaje tan diverso y distinto de los verdes bosques europeos o el peligro que les acechaba

constantemente a causa de la abundancia de ladrones, asaltadores y bandoleros.

En este sentido, Bailén no va a quedar en muy buen lugar cuando en 1845, Richard Ford, con ánimo de desvanecer todo interés a futuros viajeros comenta “Ni Bailén, ni aquellos campos de trigo ofrecían nada al turista moderno”, y continúa “[...] la ciudad de Bailén o Baylen, Betula, es de lo más penoso, y constituye un buen ejemplo de esos lugares deprimentes a los que ahora nos acercamos...”. Por supuesto, no le debemos conceder excesiva relevancia a este relato, pues la inmensa mayoría de visitantes que pasaron por Bailén no escribieron con un tono tan despectivo, sino todo lo contrario. A pesar de todo, Bailén, por la incontable cantidad de escritos acerca de la memorable batalla contra los franceses, por su estratégica situación geográfica como puerta de Andalucía y por su importancia como parada de postas en una zona de obligado descanso tras el dificultoso paso de Despeñaperros, se convirtió en el enclave más citado de lo que hoy es la actual provincia de Jaén y uno de los más nombrados de toda Andalucía.

En referencia a esta cuestión, podemos mencionar algunos viajeros y visitantes que hablaron sobre Bailén como Christian August Fischer, Christopher Herve, Juan Francisco Peyron, Joseph Townsend, John Leycester Adolphus, William Edward Baxter, Lord Andrew Thomas Blayney, Joséphine de Brinckmann, William Pitt Byrne, Augustin Challamel, William George Clark, Charles Davillier, Hector France, Augusto von Goeben, Martin Haverty, Gustav Körner, Antoine de Latour, C. Bugue Luffmann, Louis Eugène Poitou o Edgar Quinet entre un largo etcétera, u otros mucho más célebres y conocidos como Carlos X (rey de Francia), Antonio Ponz, Pascual Madoz, Théophile Gautier, Ale-

jandro Dumas o el famoso escritor de cuentos infantiles Hans Christian Andersen.

Con la intención de que estos párrafos sirvan al lector para poner en antecedentes el tema en cuestión que vamos a tratar, pasamos a continuación a exponer un breve estado de la cuestión sobre un viajero romántico totalmente desconocido hasta el momento en nuestro entorno, con el propósito de exponer resumidamente su vida y su obra en relación con Bailén y en vista a desarrollar en un futuro, una investigación más completa y exhaustiva sobre dicho viajero.

2. La visita de Lundgren

Como hemos comentado anteriormente a modo introductorio, numerosos fueron los personajes que de paso estuvieron en Bailén en su ansiada búsqueda por los mayores tesoros islámicos de Europa, relatando con detalle todo lo que a ellos les parecía curioso, peculiar y digno de quedar reflejado sobre el papel para la posteridad. Las descripciones y anotaciones fueron tan variadas como la cantidad de ilustrados que nos visitaron. Algunos se centraron en la fauna, la flora o el paisaje -nos resulta curioso como una planta tan común en Andalucía como es la palmera, se convirtió en un símbolo de exotismo para estos viajeros por su desconocimiento y extrañeza, como por ejemplo la que existía en la plaza del Ayuntamiento, la cual quedó reflejada en estos libros de viajes-, otros se centraron en alusiones a la Batalla de Bailén, que fue motivo de vergüenza y humillación para muchos franceses que veían a España en una posición de inferioridad respecto a Francia, otros hablaron de sus experiencias personales durante el trayecto y otros simplemente, se dedicaron a describir literariamente y con esmero todo lo destacable que vieron.

Teniendo en cuenta el carácter minucioso y descriptivo de la literatura de viajes, y al no disponer aparentemente de otro medio más que el papel escrito, comúnmente hemos recurrido a dicho género a la hora de recrear de forma visual cómo pudieron ser estos lugares en los siglos XVIII y XIX desde la visión más romántica de sus autores. Sin embargo, pocos son los historiadores que recurren al arte en lugar de la literatura como fuente secundaria para el estudio de estas carencias de información. Y es que no solo los literatos fueron los únicos viajeros que atravesaron la península de norte a sur. También existieron numerosos pintores entre el vasto repertorio de aventureros en busca de lo desconocido, y es aquí donde radica el eje central que estudiamos en estas páginas.

El artista del que hablamos no es otro que el que encabeza el título de este artículo: Egron Sellif Lundgren (1815-1875) (conocido en España como don Luis por la dificultad que suponía pronunciar su nombre en nuestro idioma). Fue un viajero, escritor y artista sueco que, por muy desconocido que pueda parecer, llegó a alcanzar fama internacional, y sí, Bailén le dio cobijo durante el transcurso de su viaje y tuvo el privilegio de quedar reflejado para siempre en su cuaderno de pintor. Resulta cuanto menos extraño, que un artista de esta categoría, haya pasado generalmente desapercibido en los estudios artísticos de nuestro país, y es que uno de los condicionantes que ha determinado el desconocimiento de Lundgren en España, ha sido el lenguaje. Egron, aunque practicaba varios idiomas y era conocedor de un más que correcto castellano, publicó todos sus libros en sueco, sin ser nunca traducidos al inglés y ni mucho menos a nuestro idioma.

Para conocer algo más de cerca a nuestro personaje, hemos de decir que

Egron Lundgren es considerado como uno de los mejores artistas de la historia de Suecia (excelente retratista y pintor costumbrista, destaca por la infinidad de detalles que recopila, tanto escrita como visualmente, en sus diferentes apuntes). Mostró su interés por la pintura desde muy niño, ingresando en 1835 en la Escuela de Bellas Artes de Estocolmo. Su calidad artística era tan evidente que consiguió una beca para proseguir sus estudios en París, trasladándose posteriormente en 1841 a Roma para continuar con su formación aprendiendo de los grandes maestros del arte italiano. En 1849 se siente atraído por España y en marzo se traslada en barco desde Marsella hasta Barcelona desde donde comenzará un viaje que será más largo de lo que él planeó desde un primer momento. Pasa por Valencia, Alicante, Granada, y Cádiz, para posteriormente, ya en el mes de agosto, subir hasta Sevilla en barco por el Guadalquivir. Al llegar a Sevilla escribe en su *En målares anteckningar* (Anotaciones de un pintor) la siguiente frase que cambiaría todos sus esquemas: “no conozco ninguna ciudad que, como ésta, se haya apoderado de mí desde el primer instante”, lo que provocaría que un lugar donde apenas pasaría unos días, se convirtiera en su residencia durante una parte fundamental de su vida. En Sevilla instalaría su taller, logrando una fama tan mayúscula que llegaría hasta los oídos de la reina Victoria de Inglaterra, quien quiso ver su colección de dibujos españoles de primera mano. El agrado de la reina fue tal que Lundgren se convirtió en su pintor real, obligándolo a establecerse temporalmente en Londres, aunque un año después, en 1857 volvería de nuevo a la capital hispalense que le cautivó.

Como hemos visto, el artista en 1849 llega por primera vez a Granada con el

entusiasmo de conocer la Alhambra de la que tanto había oído hablar, sin embargo, no sería en esta primera estancia granadina cuando pasaría por la provincia de Jaén. Será al año siguiente, en 1850 cuando ya desde Sevilla, pasando por Carmona y Córdoba, decida volver por segunda vez a los palacios nazaríes, esta vez sí, atravesando nuestra provincia y haciendo noche en Bailén, como así dejó constancia tanto en sus espectaculares acuarelas como en su diario de viaje: “[...] Otra vez en Granada, 1850. [...] Al desembalar faltó mi caja de pintura que probablemente había sido robada en la oscuridad cuando nos fuimos de Bailén. Un señor en el correo prometió con seguridad que se podría encontrar y que escribiera tanto a Bailén como a Madrid y hasta a la misma reina Isabel, pero la caja quedó perdida. De momento la pérdida me dio pena, porque no podía reponer esos materiales en este país moro, bravío, donde ahora me encontraba con las manos vacías, solo con un lápiz y unas aguadas. Pero me consolaba el pensamiento de que estaba otra vez en Granada [...]”, (quizás, después de todo no guardaría tan grato recuerdo de Bailén tras de aquella sustracción imprevista).

No sabemos las horas exactas que el artista anduvo por el entramado callejero de nuestro municipio, ni tampoco sabemos cómo fue el Bailén que él se encontró, o al menos si tuvo una experiencia tan desagradable como la que narró Richard Ford tan solo cinco años antes. Desde luego, no le debió parecer un lugar tan penoso y deprimente cuando con cuaderno en mano, decide sentarse frente a la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Encarnación y reflejarla a mano alzada con todo lujo de detalles y desde diferentes perspectivas. Bailén en esos años, era una pequeña villa de no más de tres mil habitantes; un típico

pueblo andaluz de casas bajas y blancas rodeado de olivares, viñedos y campos de trigo. Sin embargo, la imponente vista de un templo de aspecto y proporciones catedralicias en un entorno predominantemente pobre y agrario, no pudo pasar desapercibida para un viajero que, recorriendo cientos de kilómetros en busca de los mayores tesoros de España, reflejaba sobre su papel todo lo que era digno de recordar.

El dibujo que realizó desde lo que en la actualidad es la calle Iglesia, refleja con total veracidad y precisión lo que Lundgren en ese momento tenía ante sus ojos (Fig.1). La acuarela muestra una típica perspectiva del templo desde su orientación sur, resaltando con finura la monumental portada que en estilo manierista realizó siglos atrás el maestro cantero burgalés Diego de Pesquera, mandada construir durante el episcopado de su paisano, el obispo don Francisco Delgado. La puerta del templo también debió ser un elemento artístico que no quiso dejar en el olvido, dedicando otra de las páginas de su cuaderno a algunas de las piezas de rejería que decoran cada una de las puertas que en el siglo XVI realizó el maestro rejero Agustín de Aguilar, la figura más sobresaliente de la rejería giennense (Fig.2).

3. Un reloj perdido en el tiempo

Pero volviendo al dibujo de la vista general del templo (Fig. 1), hemos de fijar la mirada en la zona superior del campanario, junto al cuerpo de campanas. En este lugar, la acuarela nos muestra un elemento que podría resultarnos extraño a los que estamos acostumbrados a pasar frente al edificio con frecuencia. El pintor, en su afán por mostrar fielmente la realidad de lo que observaba, nos muestra aquí un curioso elemento que actualmente no se conserva, como es un



Fig. 1: Acuarela bajo el título *Iglesia de Bailén* que representa una vista de la zona sur de La Encarnación. El dibujo muestra una mirada romántica del templo y dos señoras con mantilla frente a la portada. En el campanario se muestra con detalle el reloj que estaba colocado en la zona superior del campanario y una especie de espadaña anexo al cuerpo de campanas, posiblemente con la función exclusiva de marcar las horas del reloj. Obra de Egron Lundgren (1850). Medidas 37,8 x 25,2 cm. (Fuente: Museo Nacional de Suecia).

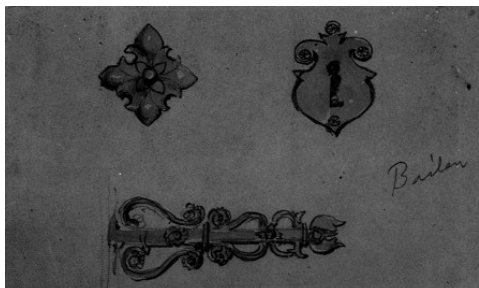


Fig. 2: Dibujo titulado *Accesorios góticos de Bailén*, el cual muestra tres tipos de herrajes pertenecientes a la puerta del acceso sur del templo. Obra de Egron Lundgren (1850). Medidas 9,1 x 14,7 cm. (Fuente: Museo Nacional de Suecia).

gigantesco reloj con péndulos del que no teníamos constancia alguna de su existencia.

A menudo se ha hablado de los numerosos relojes solares que aún permanecen grabados sobre la piedra de algunos de los muros del templo -pertenecientes a un momento donde la ocupación casi exclusiva a la agricultura, requería de una medición de las horas del sol-, sin embargo, nunca se había hecho referencia a este gran reloj mecánico, que posiblemente fuera el único público de toda la villa y que llegó para sustituir a los antiguos e imprecisos relojes solares. Estos mecanismos eran poco comunes, y probablemente fuera instalado entre los siglos XVII y XVIII cuando comenzaron a estandarizarse los relojes públicos en torres, campanarios y ayuntamientos por toda la geografía española, en una época donde la tenencia de estos mecanismos de precisión no estaba al alcance de todos ni tan extendida en la sociedad como lo es en la actualidad. Sin duda, este hecho supuso todo un hito con el que se empezó a marcar el ritmo cotidiano de todas y todos los bailenenses.

Podría pensarse en cierto sentido que el pintor, haciendo uso de libres licencias artísticas, pudo no haber reflejado con exactitud la fiel realidad de lo que veía, sin embargo, hemos de decir, que no era lo habitual. Este tipo de grabados funcionaban en la época del mismo modo que lo hacen nuestras actuales fotografías, y tenemos que tomar estos ejemplos como auténticas y verídicas fuentes de información. Para dotar de conformidad a la obra del artista, adjuntamos a continuación un documento de correspondencia aparecido en el Archivo Histórico Diocesano de Jaén, donde se confirma documentalmente lo que Lundgren había dejado reflejado en su obra (Fig. 3). La carta aparecida en relación con este reloj está firmada por el párroco don Antonio Herrera en febrero de 1862, expresando al obispo



Fig. 3: Copia del documento original donde se hace referencia al reloj averiado del campanario (1862). (Fuente: Archivo Histórico Diocesano de Jaén).

que el reloj del campanario había dejado de funcionar, por lo que pide permiso al obispado para que de la fábrica de la iglesia se pudiera adquirir un nuevo y necesario reloj de cuco para la sacristía. Como podemos apreciar, este documento confirma sin lugar a dudas que en el campanario del templo existía un reloj. Por el hecho de no contemplar la opción de su reparación, deducimos que el coste debía de ser realmente alto, y por tanto, también el valor artesanal del mismo. La dejadez y el paso impasible de los años, se encargarían de hacer desaparecer un espléndido reloj que requería un alto coste de mantenimiento, perdiendo su rastro para siempre.

Por si fueran insuficientes las evidencias aportadas sobre la existencia de este interesante reloj, solo nos queda hacer uso de la arqueología de la arquitectura mediante la observación directa al campanario de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Encarnación. Si analizamos el friso decorativo de la zona superior de la torre de campanas, podemos apreciar sin esfuerzo, que en el lugar donde debió estar la caja del mecanismo, se han producido algunas

modificaciones posteriores sobre la piedra, siendo posteriormente rehecha la decoración gótica con cemento rojo, lo que nos indica que efectivamente, en ese lugar tuvo que existir años atrás el reloj al que hacemos referencia (Fig. 4).

La información que tenemos sobre el reloj en este momento es relativamente escasa. Sin embargo, en el transcurso de la investigación y a modo de hipótesis, hemos descubierto que en la localidad giennense de Alcalá la Real, hubo un magnífico artífice maestro relojero, de los pocos que hubo en España, llamado Fernando de Tapia y Castilla que se movió en los círculos de Carlos III, Carlos IV, Fernando VII e Isabel II realizando relojes en nuestra provincia y para los propios monarcas. ¿Podría ser el reloj de la Encarnación obra del maestro Tapia?, de ser así sería un hallazgo de lo más interesante debido a la relevancia y prestigio que tuvo este relojero en su época. El tiempo lo dirá...

4. La incógnita de Lundgren.

Conclusión

Si el descubrimiento de esta excelente acuarela ha sido todo un hallazgo para engrosar el rico patrimonio histórico-artístico de nuestra ciudad y descubrir un nuevo e interesante dato acerca del templo parroquial de La Encarnación, Egron Lundgren no deja de sorprendernos cuando descubrimos que realizó un



Fig. 4: Vista actual de la zona superior de la torre de campanas del templo de La Encarnación en la que se puede apreciar las reparaciones posteriores en la zona que correspondía a la caja del mecanismo del reloj. (Ilustración del autor)

tercer dibujo de los cuatro (o cinco) totales durante el escaso tiempo que estuvo en Bailén. En este caso una pequeña portada a la que se accede por medio de tres escalones para salvar el desnivel del terreno, realizada en piedra con un humilde estilo goticista y con una hornacina hueca de reducidas dimensiones sobre el dintel de la puerta. Aparentemente, podríamos llegar a pensar que dicho dibujo no se corresponde con ningún elemento patrimonial bailenense, pues en la actualidad no se conserva edificio alguno con el que podamos cotejarlo, sin embargo, el autor escribió en una esquina del dibujo la frase “Escuela en Bailén”, lo que nos proporciona una riquísima información para comenzar a investigar e indagar sobre lo que pudo ser ese edificio en el siglo XIX y los anteriores, así como su localización concreta. Posiblemente se tratara de una de las entradas laterales a una iglesia que estaría situada en la zona de lo que hoy es la actual calle de Nuestro Padre Jesús, así como la actual ermita del mismo nombre... Tenemos la certeza de que se podrá llegar al fondo de esta cuestión en próximas investigaciones.

Como hemos podido comprobar, a pesar de ser únicamente una estancia de paso y de descanso, el tiempo tan escaso que Lundgren empleó en Bailén, fue suficiente para surgir en su interior un sentimiento de atracción e interés por el pintoresco encanto de nuestro patrimonio y de nuestras calles, que en aquél momento, tenía que distar mucho de lo que conservamos hoy día. Por otro lado, nos llama poderosamente la atención cómo Bailén va a ser uno de los pocos pueblos a los que Egron Lundgren dedica tiempo y páginas de su cuaderno de viaje, pues van a ser capitales y monumentos de gran fama y relevancia entre los viajeros de la época como Barcelona, Valencia, Cuenca, Segovia, Sevilla y

muy especialmente el conjunto artístico de la Alhambra los que comprendan la totalidad de sus obras durante su periplo por España.

Como hemos visto en el transcurso de este artículo, Bailén va a cobrar cierta importancia durante los siglos XVIII y XIX ya no solo por la significativa batalla que presenciaron nuestros campos en 1808, sino como lugar de paso obligado para todos los viajeros que cruzaban de Castilla a Andalucía en su deseo por conocer los grandes centros turísticos de una cultura tan distinta a la europea como era la musulmana. Esto conclui-



Fig. 5: Dibujo titulado *Portal, escuela, Bailén* que representa una pequeña portada realizada en piedra que en la actualidad no se conserva. Obra de Egron Lundgren (1850). Medidas 34,2 x 21,4 cm. (Fuente: Museo Nacional de Suecia).

rá aproximadamente a finales del siglo XIX, cuando España comience a no ser tan diferente del resto de Europa y estas rutas convencionales se sustituyan por las rutas del ferrocarril, dejando relegado a Bailén y llevando a partir de entonces a estos viajeros a nuevos lugares como Linares, Úbeda y Baeza. También, con la aparición del cuerpo de la Guardia Civil se va a reducir considerablemente el peligro de asaltadores y bandoleros, lo que hará desaparecer esa peligrosidad en el trayecto que llamaba tanto la atención del viajero aventurero, reduciéndose paulatinamente a partir de entonces la cantidad de artistas y literatos que se interesaban por viajar a nuestro país.

El hecho de que Lundgren nos dejara unas excelentes acuarelas sobre el Bailén de 1850, nos induce a pensar que no sólo pasó por nuestra ciudad con la única intención de descansar y a toda veloci-

dad como apuntan algunos historiadores respecto a los viajeros de la época, sino que vio en nuestro patrimonio ese componente romántico, atractivo y pintoresco que él iba buscando de “este país moro y bravío” donde ahora se encontraba: España.

En definitiva, la categoría alcanzada por Egron Lundgren y la deferencia que tuvo con nuestra ciudad de Bailén, hacen que este artista merezca estar en lo más alto del vasto repertorio de viajeros que en siglos pasados anduvieron por nuestras calles. Esperamos que este pequeño artículo, así como sus dibujos y la información aportada sobre el gran reloj, sirvan como primera toma de contacto para, en el futuro, seguir indagando e investigando sobre el rico y oculto patrimonio documental bailenense que aún nos queda por desvelar.

Notas

Mi total agradecimiento a Miguel Ángel Perea Monje y a Juan Pedro Lendínez Padilla que del Archivo Histórico Diocesano de Jaén tuvieron la gentileza de aportarme la valiosa documentación acerca de la rotura del reloj del campanario de la iglesia parroquial de Ntra. Sra. de la Encarnación.

Bibliografía

Juan Lovera, C. (1984): Don Fernando de Tapia y Castilla, magnífico artífice y mejor alcaíno (1750-1834). *La Patrona de Alcalá la Real, Real Cofradía de Nuestra Señora de las Mercedes*. Real Cofradía de Nuestra Señora de las Mercedes. Alcalá la Real (Jaén).

Lijarcio Medina, S. (2015): *Aproximación histórico-artística al templo parroquial de Nuestra Señora de la Encarnación de Bailén*. Instituto de Estudios Baile-nenses. Ediciones Reding. Bailén (Jaén).

Plaza Orellana, R. (2012): *Egron Lundgren: un pintor sueco en Sevilla*. Arte Hispalense. Diputación de Sevilla. Sevilla.

Ruiz Mas, J. (1995): Úbeda y Baeza en los libros de viajes escritos por británicos y norteamericanos durante el siglo XX. *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses n° 157*: pp. 249-286.

Soler Pascual, E. (2006): El trabuco romántico: viajeros franceses y bandoleros españoles en la Andalucía del siglo XIX. *La cultura del otro: español en Francia, francés en España*. Universidad de Sevilla. Sevilla: pp. 687-699.

Valladares Reguero, A. (2002): *La provincia de Jaén en los libros de viajes*. Ed. Universidad de Jaén y Ayuntamiento de Jaén. Jaén.

VV.AA. (1969): *Cuadernos de la Alhambra n° 5*. Patronato de la Alhambra y Generalife. Granada.

VV.AA. (2010): *Viaje a un Oriente europeo: Patrimonio y Turismo en Andalucía (1800-1929)*. Centro de Estudios Andaluces. Consejería de la Presidencia. Sevilla.